
PRESENTACION DE JOSE MEDINA ECHAVARRIA

Incluir como texto clásico de la sociología latinoamericana un fragmento de José Medina Echavarría publicado en 1976 puede parecer, y con razón, un doble atrevimiento. Pues Medina era español, y considerar clásico un texto del que sólo nos separan catorce años es, sin duda, arriesgado. Pero, aun así, hay razones que justifican la elección, arriesgada o no.

Medina había nacido en Castellón en 1903, pero en 1939 se exilió en México, tras haber servido a la República durante la guerra civil como diplomático. Y desde ese momento se convierte en uno de los ejemplos más característicos de una generación de intelectuales españoles (en muchos casos los mejores) que se convierten a todos los efectos en intelectuales latinoamericanos. A su retiro en 1974 volvería brevemente a España, pero regresó a Chile, donde publicó sus últimos escritos, antes de morir en 1977.

Hay dos etapas fundamentales en su exilio: la primera se inicia en México, como profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y en el Colegio de México y como director de la colección de sociología del Fondo de Cultura Económica (1939-44), y sigue en Puerto Rico (tras una breve estancia colombiana) hasta 1952. Desde ese momento se abre la segunda etapa, vinculada sustancialmente a la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) de Naciones Unidas y al Instituto

Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), del que es director desde 1963 hasta el momento de su jubilación.

A estas dos etapas corresponden diferentes preocupaciones temáticas. En la primera, el doctor en derecho convertido en profesor de sociología emplea su esfuerzo en la definición del objeto y el aparato teórico de esta disciplina, en una elaboración predominantemente conceptual en la que el principal interlocutor es Max Weber. En la segunda, ya mediados los años cincuenta, es cuando Medina se dirige al núcleo de problemas que convierten a su obra en un referente a la vez clásico y actual de la sociología latinoamericana. Los temas que se entrelazan en este núcleo son las condiciones sociales del desarrollo económico, la fundamentación y viabilidad de la democracia y el futuro de América Latina, eje en torno al que se articulan sus análisis.

Adolfo Gurrieri, en su extenso estudio introductorio a la recopilación *La obra de José Medina Echavarría* (Madrid: Cultura Hispánica, 1980), sugiere una oscilación en el pensamiento de Medina, que comienza estudiando la democracia desde la prioridad del desarrollo económico para acabar decantándose por una apuesta prioritaria por la democracia (sustentada desde una perspectiva iusnaturalista) desde la que estudia los problemas del desarrollo económico. Una oscilación que significa el rechazo del modelo soviético de industrialización y el compromiso con la *fórmula occidental*.

Si se recuerda el clima ideológico reinante entre los intelectuales latinoamericanos en los años sesenta y setenta, bajo el impacto de la revolución cubana, es fácil ver el riesgo intelectual que corre Medina al rechazar la visión más instrumentalista de la democracia y afirmarla como un valor sustancial. Ya en ese punto es preciso verle como un clásico, y como un adelantado a su tiempo, pues aún está en el escenario intelectual latinoamericano la generación de la que él se separó, contra corriente, al negar que un régimen autoritario pueda ser aceptable en la medida en que impulse el desarrollo económico frente a la *ineficacia* de las democracias.

Pero si en esto Medina se adelantó a su tiempo, también es posible que sus ideas no sorprendan a un lector europeo, en particular a ese tipo de lectores (desgraciadamente, tan frecuentes) que pretenden haber compartido siempre las ideas que se han convertido en el sentido común de su tiempo. Tras el derrumbamiento del bloque soviético y la crisis del régimen cubano, la apuesta sustancial de Medina por la democracia puede parecer puro sentido común y poco más.

Pero es que hay mucho más: porque Medina sabe que la viabilidad de la democracia depende en buena medida del desarrollo económico, y él habla de la democracia *en América Latina*, un continente en que la modernidad y la estructura social tradicional están anudadas en una simbiosis perversa, a la que es preciso buscar una alternativa democrática. Para Medina, el ideal es una planeación democrática, una planificación basada

en el consenso parlamentario y, más aún, en un acuerdo social democrático arraigado en la misma base de la sociedad.

La planificación no está de moda, quizá porque en ella se pusieron en otro momento demasiadas expectativas. Pero la idea de Medina presenta dos filos de cortante actualidad. Uno es la afirmación de que no cabe separar economía, sociedad y política. Esto implica una exigencia de pensar interdisciplinariamente los problemas del desarrollo económico, pero también la simple exigencia de reflexionar sobre la realidad social, en general, desde una perspectiva interdisciplinar. No deja de ser curioso que otra de las personalidades que más eficazmente ha ido en la misma dirección sea otro latinoamericano de vocación, Albert O. Hirschman, un auténtico experto en cruzar los límites académicos del pensamiento.

El otro filo de la idea de Medina es que no cabe esperar que el movimiento espontáneo del mercado conduzca necesariamente al desarrollo económico, y ése es el filo que hoy puede ser más hiriente. Medina aparece como un sociólogo de la CEPAL, uno de esos seres anticuados que no resultan fácilmente aceptables para el dogma neoliberal, que no sólo no creen que toda intervención política en el mercado sea necesariamente condenable, sino que sostienen que el mercado no puede por sí mismo cortar los nudos sociales que traban la modernización de América Latina.

Pero leído con ojos actuales, más allá del prisma neoliberal, Medina apunta a la única postura que hoy es sensata en América Latina: que el desarrollo exige un acuerdo democrático sobre los grandes objetivos económicos, para que el ajuste se soporte solidariamente y no sólo a costa de la mayoría social. Puede que de nuevo la CEPAL, hoy vituperada por haber teorizado un desarrollo hacia adentro que llevó a un callejón sin salida en los años setenta, tenga cosas que decir desde una perspectiva que tome en cuenta a la vez la necesidad de economías abiertas y de desarrollo compartido. Y si eso sucede y la fiebre neoliberal remite, es posible que Medina Echavarría aparezca una vez más como un clásico, por haber reivindicado una política democrática de desarrollo.

El texto elegido para este número de la *REIS* es tan paradójico como su propio autor: constituye la parte final de un ensayo sobre «América Latina en los escenarios posibles de la distensión» (*Revista de la CEPAL*, 1976/2, pp. 9-87), publicado en vísperas de la segunda guerra fría, y que pretende mostrar las posibilidades que una distensión cooperativa abriría para América Latina. Hoy, catorce años después, la división del mundo en bloques se ha venido clamorosamente abajo, y es el momento de que una América Latina ya libre de las hipotecas de un mundo bipolar, y que ha optado casi sin excepción por la *fórmula occidental* de desarrollo, ensaye sus posibilidades.

El ensayo se cierra con un prudente pesimismo: América Latina deberá buscar su integración contando sólo con sus propias fuerzas, pues aun en condiciones de distensión sólo le cabe esperar de la *potencia hegemónica* «una

cierta indiferencia distante» y meros acuerdos bilaterales. A veces la realidad es también paradójica, y es curioso releer a Medina en estos momentos, cuando el presidente Bush ha propuesto la creación de una zona continental de libre comercio más allá de los acuerdos bilaterales. Pero aquí entraríamos ya en lo que Medina llama *la proyección futuroológica*.

Ludolfo PARAMIO